

CAPITULO 2 - REGLAS GENERALES PARA EL ESTUDIO DE LA BIBLIA

BOSQUEJO

A. PREPARACIÓN PARA EL ESTUDIO DE LA BIBLIA

1. Entender El propósito del libro
2. Decidir el propósito del estudio
3. Conocer el contenido del libro

B. ACTITUDES EN EL ESTUDIO DE LA BIBLIA

1. Determinación
2. Reverencia
3. Amor
4. Diligencia
5. Receptividad
6. Perspicacia
7. Obediencia
8. Perseverancia

C. HÁBITOS EN EL ESTUDIO DE LA BIBLIA

1. Tiempo
2. Lugar
3. Plan
4. Concentración
5. Observación
6. Meditación
7. Anotaciones
8. Repaso

MEDITACIÓN:

Lea los siguientes pasajes y reflexione sobre ellos:

1. Mateo 22:29-33
2. Salmo 119:129-144
3. Salmo 1:1-3
4. Lucas 11:28
5. I Pedro 2:1,2

REGLAS GENERALES PARA EL ESTUDIO DE LA BIBLIA

2

El estudio de las Escrituras no es empresa sencilla. Exige la observancia de reglas definidas que lo faciliten y a la vez sistematicen su avance paulatino. Es cierto que la Biblia es una mina de inextinguibles riquezas, pero también es cierto que exige un paciente y diligente estudio bajo estrictas normas, de parte de aquel que espera descubrir sus tesoros.

En este caso acontece lo que en los deportes, las reglas son la parte menos emocionante y divertida, pero del cumplimiento de ellas depende la victoria o la derrota. No podemos hacer como la anciana a quien llevaron a presenciar un partido de tenis. Viendo con cuánta frecuencia los jugadores golpeaban la pelota contra la red y se interrumpía el juego, irritada, pero a la vez con ingenuidad preguntó: “¿Y por qué mejor no quitan la red?” Las reglas son valiosas, y sin ellas sería imposible en gran parte obtener algún resultado en el estudio bíblico.

Así, por ejemplo no es raro encontrarse personas quienes, impulsadas por un ferviente y sincero deseo de estudiar las Escrituras, con entusiasmo emprenden la tarea, sólo para fracasar al poco tiempo ante la aparente confusión de ideas, la contradicción de significados y la complejidad de los pensamientos. Tal cosa no hubiera sucedido si al menos hubieran observado algunas sencillas reglas para ayudarles a sortear los obstáculos. Existen también personas que estudian asiduamente la Biblia, pero por no tener un sistema definido y no observar ciertas reglas, logran insignificantes resultados.

Estudiar las Escrituras significa, pues, observar ciertas reglas indispensables que vayan facilitando la adquisición de conocimientos. El no hacerlo resultará inevitablemente en confusión, frustración y fracaso final.

A. PREPARACIÓN PARA EL ESTUDIO DE LA BIBLIA

Nos conviene primeramente aclarar los preparativos que será necesario efectuar, antes de lanzarnos al estudio. Esta preparación inicial es por todos los conceptos estratégica, pues determinará en gran parte el feliz logro de nuestros propósitos. Es necesario prepararnos en los siguientes tres aspectos:

1. Entender el propósito del libro

El estudio de cualquier libro se encuentra determinado por su propia naturaleza, y particularmente por el propósito del autor al escribirlo. Muchos que pretenden estudiar la Biblia, malinterpretan su contenido o equivocan su significado, tan sólo por pasar por alto el propósito específico con el cual la Biblia ha sido escrita. Carlos W. Turner, escribió: “El primer requisito para el uso devocional provechoso de la Biblia es estar en simpatía con el espíritu en que ella fue escrita. Este principio, en su más amplia aplicación, cuadra al estudio de todas las verdades y hechos. De igual manera que es indispensable tener sentido poético para comprender los pensamientos de los grandes poetas, también es esencial un espíritu religioso para la comprensión correcta de las Sagradas Escrituras – un espíritu en armonía con el espíritu en que

fueron escritas”¹. Si poseemos el deseo genuino de estudiar a fondo las Escrituras, y particularmente de entender su mensaje y contenido, será preciso que consideremos, ante todas las cosas, el propósito con el cual se escribieron.

En contra de lo que en algunos círculos se ha pensado, la Biblia no fue escrita con el propósito de enseñar historia, geografía o algún aspecto de la ciencia ². Es más bien, la revelación de Dios a los hombres. En ella se narra lo que Dios ha hecho por la humanidad y las experiencias que algunos hombres han tenido en sus relaciones con el Creador. Su propósito predominante es presentar el camino de redención por la instrumentalidad de Jesucristo, el Hijo de Dios. Él es el tema central de las Escrituras. Sobre Él gira, y de Él depende el plan que Dios diseñó para la humanidad.

Lucas narra cómo a los discípulos que viajaban rumbo a Emaús, después de la resurrección, Cristo se les apareció, y “comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras *lo que de él decían*” (Lc. 24:27).

Es doblemente importante que se tome en cuenta el propósito total de las Escrituras, debido a que no sólo se trata de un libro, sino más bien de una biblioteca compuesta por sesenta y seis libros, y cada uno de ellos posee un propósito específico. Así, por ejemplo, Pablo al escribir su primera carta a la iglesia en Corinto, no tuvo en mente el mismo fin que Moisés al escribir el libro de Deuteronomio. Es obvio que la profecía de Amós no pretende lograr en sus lectores el mismo efecto que Pedro quiso lograr al enviar sus cartas a los cristianos diseminados por el mundo conocido. El darnos cuenta de que cada libro encierra su propósito individual, dentro del propósito general de todo el volumen, nos ayuda para valorar aun más, la unidad fundamental de las Escrituras por lo que toca a su contenido. Aun cuando cada libro contiene un propósito específico por separado, todos se complementan el uno al otro. La revelación de Cristo se nos da en diferentes formas en cada libro y a la vez se nos presenta en todos a la vez. Uno nos enseña una parte del propósito de Dios para las edades, otro nos enseña otra. El Antiguo Testamento es un libro incompleto por sí solo, necesita del Nuevo Testamento, y este es un libro incomprendible sin el anterior. Poseemos el cuadro completo sólo cuando estudiamos todos a la luz uno del otro y teniendo en cuenta tanto el propósito general de las Escrituras, como el propósito específico del libro que nos encontramos leyendo.

2. Decidir el propósito del estudio

Algunas personas pretenden estudiar la Biblia abriendo sus páginas al azar, otros leen porciones salteadas y aun otros más buscan versículos sobre algún tema que les interesa y los interpretan fuera de su contexto. Cualquiera de estas prácticas, no sólo es incorrecta e indebida, sino aún peligrosa. El estudio bíblico no debe hacerse desorganizadamente, sin poseer un propósito claramente establecido.

Nadie debe emprender el estudio de las Escrituras sin antes haber establecido explícitamente la

¹ Carlos W. Turner; *El Libro Desconocido*, Buenos Aires: Editorial la Aurora, Pág. 148. Usado con permiso.

² Nunca se debe hablar de la Biblia como si ofreciera la información completa y total sobre todos los temas. No lo hace ni siquiera en los temas de que se ocupa. Por ejemplo, no nos dice todo acerca de Dios, sino sólo lo indispensable.

meta que persigue. Esta puede ser obtener alguna información, como los cristianos de Berea, quienes de acuerdo con Hechos 17:11 escudriñaban las Escrituras todos los días, con el fin de verificar el mensaje que Pablo y Silas les habían predicado. O quizá sea adquirir ayuda en contra de las tentaciones. El salmista declara que guardaba la Palabra de Dios en su corazón, para no pecar contra Él (Sal. 119:11). También se puede estudiar la Biblia en busca de orientación (Sal. 119:105). El estudio puede emprenderse con el fin de poder “redargüir, corregir, o instruir en justicia” (II Ti. 3:16). Nuestro propósito puede ser con el fin de predicar un sermón, enseñar una clase de escuela dominical, o dar un estudio bíblico. Otras veces también es preciso recurrir a las Escrituras cuando deseamos escribir un artículo o un libro sobre alguno de sus temas.

En una palabra, antes de lanzarnos al estudio de las Escrituras, es necesario establecer la meta que perseguimos, pues de eso dependerá el método que se emplee para su estudio.

3. Conocer el contenido del libro

Y el tercer paso de nuestra preparación consiste en conocer el contenido de la Biblia, aún antes de que principiemos el estudio en sí. Este es, claro está, un conocimiento superficial y general del Sagrado Volumen. Es estratégico que antes de adentrarnos en los detalles de su mensaje, conozcamos primero la Biblia por lo que toca a su estructura interna y las formas literarias de su contenido.

Por ejemplo, será de gran utilidad percatarnos desde un principio, que los sesenta y seis libros de que está compuesta la Biblia, se encuentran divididos en dos grandes secciones, llamadas el Antiguo y el Nuevo Testamentos. El primero de estos comprende a su vez cuatro grandes secciones: El Pentateuco, los Libros Históricos, los Poéticos y los Proféticos. Mientras que el Nuevo Testamento comprende cinco secciones tituladas: los Evangelios, el libro de los Hechos de los Apóstoles, las Epístolas Paulinas, las Epístolas Generales y el Apocalipsis.¹

La estructura interna de los libros de la Biblia se parece en parte a la de cualquier otro libro, en el sentido de que el texto se halla formado por capítulos, divididos estos en párrafos, los cuales están divididos en versículos y éstos a su vez contienen oraciones, frases y finalmente palabras. Por lo que toca a la forma literaria de su contenido, cada libro posee un estilo propio. Algunos siguen la forma poética, (Salmos, Cantares); otros presentan el mensaje de Dios bajo la forma de discursos (los Profetas); encontramos fascinantes narraciones (los Evangelios); interesantes cartas personales (Filemón y Tito); extensas misivas a grupos cristianos (las Epístolas Generales); tratados doctrinales (Romanos); documentos históricos (Samuel, Reyes, Crónicas, Esther, etc.); y hasta un extraordinario drama (Job). Esta maravillosa versatilidad literaria, exige una familiaridad previa al estudio del contenido y mensaje de cada libro individual.

B. ACTITUDES EN EL ESTUDIO DE LA BIBLIA

¿Ha leído alguna vez un libro por obligación? Si así fue, es muy probable que poco provecho haya obtenido de su lectura. A menos que además de esa obligación, haya tenido una actitud positiva hacía su contenido. Nuestras actitudes hacia el estudio o lectura de cualquier libro,

¹ El capítulo IV se encuentra dedicado por completo a este asunto, y pretende ayudar al estudiante en su labor de familiarización con el contenido total de la Biblia.

determinan en gran parte el provecho que de él obtenemos. Esta regla no es diferente en el caso de las Escrituras. Antes de siquiera abrir sus páginas, debemos asegurarnos de que abrigamos hacia ellas actitudes positivas que nos permitan obtener el mayor provecho posible de su estudio. Consideremos entonces algunas actitudes fundamentales e indispensables en este sentido.

1. Determinación

Sin duda que la primera y más importante, es la decisión inalterable de estudiar la Biblia. Esta resolución personal surgirá únicamente cuando reconozcamos nuestra necesidad de dicho estudio. El que emprenda el estudio como un simple pasatiempo no tendrá ni la mitad de posibilidades de triunfar, tanto como aquel que lo inicie bajo un sentido de profunda necesidad. El convencimiento interior de nuestra urgente necesidad personal, indiscutiblemente producirá una férrea determinación de leer y estudiar las Escrituras a cualquier costo. Por otra parte, esta actitud nos llevará a colocar esta tarea en posición prominente dentro de nuestras actividades diarias. Para el individuo que se lo ha propuesto, no existirán obstáculos, no valdrán interrupciones, no importarán dificultades. Mas bien, impulsado por su firme propósito, logrará su objetivo a cualquier precio.

Este tipo de decisión inquebrantable es lo que con frecuencia hace falta a muchos que una y otra vez han deseado llegar a comprender los misterios encerrados en la Escritura. De poco sirve alentar un entusiasmo pasajero, si ante la más pequeña de las dificultades flaqueamos y claudicamos en nuestro propósito inicial. En su libro “Cómo estudiar la Biblia para un mayor provecho”, el evangelista Ruben A. Torrey, dice: “Mucha gente pide constantemente nuevos métodos de estudio bíblico, pero muchos lo que realmente quieren es un método por medio del cual puedan obtener el mayor beneficio de la Biblia sin que les cueste trabajo”². Y tal cosa, claro está, nunca podrá ser. Decidamos pues, de una vez por todas, que estudiaremos la Biblia cueste lo que cueste.

2. Reverencia

Al abrir las Escrituras, debemos mantener también una actitud de profunda reverencia. No profesamos adorar el libro, pero lo que allí encontramos no es otra cosa que la auténtica Palabra de Dios a quien sí adoramos. El que a Él le haya placido comunicarnos la verdad de su ser y la grandeza de sus planes, por medio de la página impresa, nos debe llenar de un sentimiento de gratitud y reverencia. Además, su título indica el contenido. Esta es la “Santa Biblia”, y lo que es santo debe manejarse con temor y temblor. El salmista declara que la Palabra de Dios es “perfecta, que convierte el alma; ... recta, que alegra el corazón; ...pura, que alumbra los ojos; ... limpia, que permanece para siempre.” Y agrega que sus juicios: “deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado” (Sal.19:7-10).

No sólo es la Biblia digna de nuestra reverencia por lo que ella es en sí y por el Autor de sus palabras, sino también por el Maestro que nos ha sido dado para enseñarnosla: el Espíritu Santo. Al abrir sus páginas, debemos estar conscientes de que este Divino Maestro se encuentra presto para derramar su benéfica influencia y cumplir la promesa de Cristo de enseñarnos todas las

² Ruben A. Torrey; *How to Study the Bible for greatest profit*, Chicago, Ill.: Moody Press, 1896, Pág.100. Usado con permiso.

cosas y recordarnos todo lo que El dijo (Juan 14:26). Por eso es prudente que al iniciar el estudio susurremos una sencilla plegaria, pidiendo al Espíritu de Dios que produzca en nosotros una actitud de quietud interior y reverencia, de tal manera que Él pueda enseñarnos con libertad las maravillas y misterios que allí existen. Esto es de particular importancia, sobre todo cuando recordamos que grandes porciones de las Escrituras se encuentran envueltas en un velo de misterio, dificultándose su comprensión. Ante estos pasajes difíciles, el alma sencilla y reverente debe buscar el rostro de Dios para recibir la sabiduría necesaria para entenderlos.

3. Amor

Algunos profesan amar la Biblia, pero lo que en realidad aman son los libros que hablan sobre ella. El salmista decía: “¡Oh, cuánto amo yo tu ley!” (Sal. 119:97). Por eso, para que logremos apreciar en todo lo que vale el contenido de las Escrituras, necesitamos leerlas impulsados por un sincero amor hacia ellas. El estudiar la Biblia únicamente con el fin de criticarla, bajo un sentido de mera obligación o por simple curiosidad, no producirá ningún provecho.

A la vez, ese mismo estudio desarrollará en nosotros un profundo amor hacia ella. El evangelista Torrey decía: “El requisito fundamental para el estudio bíblico más provechoso es: ‘Os es necesario nacer otra vez’. Donde existe vida, allí hay apetito. ¡Un cadáver nunca siente hambre!”³. Amor por la Biblia significa que late en nosotros la vida eterna y sentimos la necesidad imperiosa de alimentar nuestra alma a través de la Palabra de Dios que nutre y fortalece. Amar la Biblia quiere decir mucho más que simplemente llevarla bajo el brazo a la iglesia o tenerla en lugar prominente en el estudio o en el hogar. Más bien, significa que mantenemos hacia ella la actitud que tenía Job: “Guardé las palabras de su boca más que mi comida” (Job 23:12); o que nos deleita como a David, “dulces más que la miel, y que la que destila del panal” (Sal. 19:10); o que nos alegra como a Jeremías: “Tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón” (Jer. 15:16).

4. Diligencia

Ocasionalmente escuchamos a alguien decir: “Me gustaría estudiar la Biblia, si supiera cómo hacerlo.” Lo que esas personas no quieren admitir, es que precisamente a ellas les corresponde descubrir cómo estudiar la Biblia; y esto se adquiere sólo a través de una actitud diligente de constante trabajo e investigación. Al final de cuentas, el estudio de las escrituras depende por completo del estudiante y no de los métodos que se empleen o del libro que se estudie. Para el individuo dedicado, poca diferencia existirá entre un método y otro. Su ambición por conocer y comprender la Biblia le conducirá a lograr su objetivo. No existe realmente un método único y perfecto para estudiar la Biblia. Existen muchos y cada uno sirve de acuerdo con el temperamento o el propósito del lector. Lo que si existen son personas diligentes en el estudio de la Palabra de Dios, estudiantes serios y esmerados, los cuales no escatiman esfuerzo ni se dan tregua.

Se cuenta de un hombre que en cierta ocasión recibió por correo un importantísimo documento legal. A pesar de sus complejas expresiones judiciales y de su largo y tedioso contenido, logró leerlo una docena de veces en unos cuantos días. La razón de su desmedido interés se debía a que

³ Ibid, pág. 98

el documento era nada menos que una herencia donde se le declaraba a él como único beneficiario. Con frecuencia muchas personas encuentran la lectura de la Biblia cansada, difícil, compleja o aburrida. Pero no tendrían esa actitud si abrigaran la idea de que este libro es en realidad una herencia, en la cual se nos declara los legítimos beneficiarios de las riquezas en gloria en Cristo Jesús. En el caso del estudio bíblico, la palabra “estudio” es pues, sinónimo de diligencia, ya que nadie podrá realmente estudiar la Biblia si no se aplica a esa tarea con diligencia y sentido de responsabilidad.

5. Receptividad

Esto significa poseer un corazón abierto y receptivo a lo que el Espíritu Santo quiera enseñarnos por medio de la Palabra de Dios. Al abrir el sagrado volumen, no somos nosotros los que le hablamos a Dios, sino Él quien dirige la conversación. Con frecuencia, Cristo acostumbraba decir a sus discípulos y a las multitudes: “El que tenga oído para oír oiga” (Mt. 11:15); y en otra ocasión les reprendió diciendo: “¿Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís?” (Mr. 8:18). Con esto el Señor acentuaba lo importante que es no solo oír, sino recibir; o en el caso del estudio bíblico, no solo leer, sino captar, retener.

Poseer la maravillosa actitud de un espíritu receptivo significa realmente, que hemos aprendido a recibir las exhortaciones y enseñanzas de la Biblia como la Palabra misma de Dios, y no solamente como un libro religioso más. Pablo se siente satisfecho hacia los cristianos de Tesalónica porque ellos habían logrado desarrollar esa inigualable virtud. En su primera carta les felicita diciendo: “Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios” (I Ts. 2:13).

6. Perspicacia

Esta es una actitud que con frecuencia se pasa por alto, pero que cultivándola puede rendirnos pingües ganancias. En el caso de la Biblia, no es suficiente leer solo palabras y frases. Detrás de cada estructura gramatical o literaria se esconden múltiples y profundos pensamientos. Hemos dicho ya que Cristo es el personaje central de toda la Biblia, y mucho nos aprovechará dedicarnos a una búsqueda incansable de Él a través de todas sus páginas. Al hacerlo así, aun libros generalmente considerados insípidos y de poco provecho, como Levítico o Ruth, cobrarán singular interés y rendirán notable beneficio al descubrir también en ellos a la persona del Señor Jesús.

¿Quién no ha sentido al leer el primer libro de las Crónicas, estar perdiendo el tiempo con sus listas de interminables genealogías? ¿Quién no se ha cansado de leer asimismo, las tediosas instrucciones del libro de Levítico sobre la construcción de Tabernáculo? Hasta nos llegamos a preguntar por qué Dios habrá incluido información tan aparentemente inútil. Sin embargo, el que lea con perspicacia, descubrirá que escondidos entre la descripción del mobiliario del tabernáculo, los sacrificios, las vestimentas de los sacerdotes, los muebles, etc., se encuentran varios tipos de Cristo y que también dentro de las cansadas genealogías, se pueden encontrar interesantes datos, que pueden servir como base para estudios posteriores.

En otros casos es preciso reflexionar en lo que no se dice en el texto o en los detalles que no se nos proporcionan. Por ejemplo, no se menciona el aguijón que le fue dado a Pablo en la carne, al cual él mismo se refiere en II Co. 12:7. A la luz de Gálatas 4:15 y 6:11, pudiera haber sido tal vez alguna enfermedad de los ojos. Algunos eruditos así han concluido. Por otra parte, en la ocasión en que Cristo transformó el agua en vino en las bodas de Caná (Jn. 2:7-9), no se especifica el momento preciso en que se efectuó esa singular transformación. ¿Sería mientras los siervos llenaban las tinajas ¿o cuando llevaban la prueba al maestra sala? Es de importancia notar esto, pues en ese misterio se esconde una valiosa lección sobre la obediencia en la vida cristiana.

7. Obediencia

A la Biblia se le puede estudiar de dos maneras: como una fuente de información religiosa, o como un manual divino, que exige una inmediata y sincera respuesta de nuestra parte para modelar la vida. Así entonces, muchos caen en el peligro contra el cual nos previene el apóstol Santiago es su epístola: “Pero sed hacedores de la Palabra y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos” (Stg. 1:22). Algunos leen mucho la Biblia creyendo estudiarla, pero poco beneficio obtienen de su lectura, porque rehusan obedecer sus instrucciones y por lo tanto sólo se engañan a sí mismos.

La Biblia es diferente a todos los demás libros en que exige de todo lector una inmediata sumisión a sus preceptos o cerrará sus tesoros a nuestro alcance. Por eso, al estudiar las Escrituras es preciso mantenerse alertas para evitar todos los errores que allí se nos señalen, obedecer todas las ordenes, apropiarnos todas las promesas, confesar todos los pecados de que seamos culpables e imitar todos los ejemplos. Debemos obedecer invariablemente sus enseñanzas o nuestro estudio nunca tendrá éxito.

8. Perseverancia

El evangelista Moody decía que esta era la mejor ley para el estudio bíblico. Y agregaba que algunos cristianos estudian como los trenes expresos que avanzan tan rápido que es imposible ver nada⁴. Esto significa que aquel que seriamente ambicione llegar a conocer las Escrituras, tendrá que hacer acopio de un ejemplar tesón a través de los meses y aun años, para algún día llegar al dominio completo de su contenido.

Aprendamos del joven astrónomo Clyde Tombaugh, descubridor del planeta Plutón. Debido a sospechas que existían en círculos astronómicos sobre la existencia de otro miembro de nuestro sistema solar, en 1929 Tombaugh se lanzó con increíble tenacidad al meticuloso examen de cientos de miles de fotografías telescópicas. Era un trabajo agotador y extenuante para los ojos, de acuerdo con sus propias palabras: “un tedio brutal”. Examinó estrella tras estrella hasta pasar por los veinte millones de imágenes. Finalmente el 18 de Febrero de 1930, repentinamente descubrió la imagen que buscaba, ¡un nuevo planeta! Indudablemente fue el descubrimiento astronómico más dramático en cerca de cien años, y esto fue posible gracias a su extraordinaria perseverancia⁵. Esta actitud es decididamente un elemento muy estratégico en el estudio bíblico, virtud con la cual debemos revestirnos desde el inicio de nuestra empresa.

⁴ Dwight L. Moody; *Pleasure and Profit in Bible Study*, Londres: Morgan and Scott, pág 49.

⁵ Revista *Time*, Abril 1, 1966, pág. 10.

C. HÁBITOS EN EL ESTUDIO DE LA BIBLIA

No podemos dejar de mencionar la necesidad de cultivar desde el primer momento, hábitos sanos y correctos en el estudio. Al final de cuentas, de éstos dependerán tanto la duración como los resultados de nuestro esfuerzo. Formémonos desde el principio los siguientes hábitos que nos reportarán amplios y satisfactorios beneficios:

1. Tiempo

El estudio esporádico es de poco provecho. El estudiante serio de la Biblia separará tiempo para su lectura y estudio. Ese tiempo debe ser diariamente y el mejor de las horas del día. Por regla general, el mejor tiempo es temprano en la mañana, cuando la mente está fresca y el cuerpo descansado. Pero si la persona no puede dedicar esas primeras horas cualquier otra hora es buena, con tal de que se haga regularmente. Es preciso elegir un tiempo definido y observarlo “contra viento y marea”. En una época de tantas ocupaciones como la nuestra, esto querrá decir tal vez que será necesario estudiar nuestras actividades y formular un horario que incluya el tiempo de estudio. Una vez hecho esto, será conveniente hacer saber a los demás que no toleraremos interrupciones de ninguna clase a esa hora.

No debe extrañarnos que sea éste uno de los hábitos más difíciles de formar, sobre todo si consideramos que aparte de las razones legítimas que existan para la falta de tiempo, existirán otras de carácter espiritual, como el diablo, la carne o el mundo, las cuales también contribuirán para robarnos el tiempo necesario para estudiar la Biblia. A éstas también debemos sobreponernos.

2. Lugar

A menudo se cree que cualquier lugar es bueno para estudiar la Biblia, pero la elección de un sitio apropiado es más importante de lo que nos imaginamos. Debe ser un sitio tranquilo, libre de interrupciones y donde exista el menor número de distracciones posibles.

Nuestra mente tiene la tendencia a desarrollar ciertas actitudes por asociación. Por ejemplo, al acostarse, la mente asocia la posición con el sueño, y el cuerpo se afloja y entra en el sopor del descanso. Para otros individuos, al sentarse en un escritorio les pone una actitud mental de leer, pensar o dictar cartas, de acuerdo como asocien ese sitio de acuerdo con las labores que allí se desempeñan. Algunos cristianos creen que es posible estudiar la Biblia recostados en la cama, pero realmente están dificultando la tarea. Tal vez sí sea posible, pero la mente, que durante años ha asociado esa posición con el descanso, reaccionará con dificultad a nuestras exigencias de trabajo.

Es entonces preferible elegir un sitio cómodo, pero donde podamos estar sentados, de preferencia un escritorio o mesa donde invariablemente efectuemos nuestro estudio de la Biblia. El hábito puede desarrollarse de tal forma en nosotros, que con el tiempo el solo hecho de sentarnos allí prepare nuestra mente para el estudio.

3. Plan

Nunca se debe estudiar la Biblia sin seguir un plan definido. Cuando se leen pasajes salteados o se estudian libros diferentes sin ningún sistema específico, los resultados tienden a ser mínimos. Claro está que en gran parte el plan a seguir irá de acuerdo con el método que estemos practicando. Pero ya sea un método u otro, siempre debemos seguir un plan definido. Sobre todo uno que siendo sencillo, pero a la vez efectivo, nos conduzca a través de todos los libros de la Biblia tocando los principales temas.

Hasta donde sea posible, debemos trazar nuestro plan de estudio bíblico para todo un año, dividiéndolo a la vez en porciones por trimestres o bimestres. De antemano es conveniente también fijarnos metas definidas que vayan marcando nuestro progreso y actúen como un constante incentivo. Así por ejemplo, al principiar el año una persona puede decidirse a estudiar los cinco libros del Pentateuco y los Salmos, asignando a cada libro un bimestre del año. Este sería el plan general de acción. Enseguida asignará el número de semanas necesarias para cubrir cada libro en el bimestre. Esto dependerá, claro está, del tiempo que él sabe puede dedicar cada día. Por último, procederá a formular una lista de objetivos para cada libro. En el caso de Génesis puede estudiar la vida en los hogares o el liderazgo de los patriarcas en el hogar, etc. Al llegar a Éxodo, su propósito puede ser analizar la vida de oración de Moisés, los milagros de Dios, la rebelión de Israel, etc., y así sucesivamente.

4. Concentración

Todos hemos descubierto que es posible leer, ¡sin leer! Esto significa que nuestros ojos recorren los renglones de un libro y nuestro cerebro reconoce cada palabra y la identifica aisladamente, sabiendo lo que cada una quiere decir en sí, pero sin estar conscientes del pensamiento que se está expresando y la relación que existe entre las diferentes ideas. En una palabra, no seguimos con atención el desarrollo lógico del autor. Probablemente en ningún otro tipo de lectura ocurra esto con mayor frecuencia que al leer la Biblia. Y debido a este mal hábito, con frecuencia desde el principio fracasamos en nuestro pretendido estudio de la Biblia. Es, pues, de suprema importancia que nos formemos el hábito de concentrarnos en la lectura, aun cuando tal vez esto signifique que al principio nos sujetemos nosotros mismos a la disciplina de que si descubrimos estar avanzando en la lectura sin leer realmente, regresemos al comienzo y volvamos a empezar entendiendo palabra por palabra lo que leemos. Esta práctica nos ayudará mucho para sacar el mayor provecho de nuestro estudio.

En algunos círculos se nos insiste hoy en día que aprendamos a leer con mayor rapidez, pero esta magnífica sugerencia no la debemos aplicar a la lectura de las Escrituras. Es un libro de tan extensos tesoros, que necesitamos empezar por aprender a leerla de manera por completo distinta a como leemos todos los demás libros.

Deberíamos mas bien decir lo contrario: mientras más lentamente la leamos concentrándonos cuidadosamente en su contenido, obtendremos mejores resultados. Debemos registrar cada pensamiento, observar cada palabra y tomar en cuenta hasta los signos de puntuación, ya que en algunos casos aun estos son de suma importancia.

Algunas personas, con el fin de concentrarse en la lectura, la practican en voz alta, lentamente. Otras veces conviene leer el pasaje varias veces, aun cuando creamos haber entendido su contenido en la primera lectura. Por ejemplo, no era raro que el notable expositor inglés de principios de siglo, Dr. G. Campbell Morgan, leyera un pasaje más de treinta veces, antes de empezar a preparar un sermón sobre él. ¡Y cuánta riqueza bíblica exponía en su predicación!⁶

5. Observación

Este es otro de los hábitos fundamentales de estudio bíblico que haríamos bien en cultivar. Es preciso habituar la mente a fijarse aun en los detalles más sencillos de lo que leemos. Por ejemplo, los personajes o grupos que se mencionan, los lugares, los acontecimientos y lo que se dice de cada uno.

Un aspecto clave de la observación es el que tiene que ver con la consideración del contexto. Por contexto nos referimos a los pasajes que rodean tanto antes como después al pasaje que nos interesa. Así por ejemplo si nos encontramos estudiando Hechos 15:36-41, el contexto estaría compuesto por el capítulo 15, del 1 al 35 y por el capítulo 16:1 en adelante. En algunos pasajes éste puede ser tan amplio que abarque varios capítulos anteriores y aun el libro entero. El pasaje en cuestión principia en el versículo 36 diciendo: “Después de algunos días...”. Será necesario para la comprensión correcta leer los versos anteriores al 36 a fin de enterarnos de qué se ha venido hablando y por qué se usa la frase, “después de algunos días”.

Por otra parte, es de cardinal importancia tomar en cuenta el contexto, pues de otra manera sería fácil tergiversar el significado de la Escritura. Fuera de contexto, es posible probar que la Biblia enseña que no hay Dios, según Salmo 14:1. Pero al observar el contexto descubrimos que lo que la Biblia enseña es que: “Dice el necio en su corazón: No hay Dios”. De paso sea dicho este es un método que las sectas heréticas utilizan con frecuencia para elaborar sus doctrinas falsas. Cuando hablan con cristianos que no conocen la Biblia, o que no están percatados de estas tácticas erróneas de manejar el contenido de las Escrituras, fácilmente los hacen caer en la trampa.

6. Meditación

Quizá este sea uno de los hábitos más difíciles de adquirir en el estudio bíblico, pero a la vez es también uno de los más estratégicos, porque de él depende que nuestra lectura se convierta en conocimiento y aprovechamiento real. Por regla general, pocos son los que saben meditar en las Escrituras, a pesar de que en muchos pasajes se nos exhorta a que lo hagamos (Jos. 1:8; Sal. 119:97; 19:14; 104:34). La meditación significa que hacemos una pausa para pensar sobre lo que hemos leído, tratando de entender con toda claridad lo que el autor está tratando de decir y por qué lo está diciendo. Tomemos como un ejemplo el Salmo 92:12, que dice: “El justo florecerá como la palmera; crecerá como cedro en el Líbano”. Meditar sobre este versículo significa que después de leerlo varias veces, reflexionaremos sobre la forma como florecen las palmeras; las características de las palmeras en floración; los distintos elementos que se necesitan para que un árbol crezca; los elementos que impiden el crecimiento de los árboles; las diversas maneras como se puede saber que un árbol ha crecido o está creciendo; las características de los cedros; sus

⁶ Jill Morgan; *A Man of the Word*, London:Pickering and Inglis, Ltd., 1951, pág. 249.

cualidades, etc., etc. Una vez que hemos meditado así, podemos proceder enseguida a hacer la aplicación respectiva en la vida espiritual⁷.

En el caso de narraciones, es útil dar rienda suelta a la imaginación como un instrumento de reflexión. Tomemos como ejemplo el pasaje de Juan 8:1-11. Al meditar en él, pensemos en la actitud de los escribas y fariseos (v.3), la forma como trajeron a la mujer ante el Maestro. Ahora imaginémosnos su actitud al ser acusados por su conciencia (v.9). La forma en que se alejaron uno a uno: ¿Habrán expresado alguna excusa para retirarse? ¿Lo harían en silencio? Observemos a la mujer: ¿Cuál sería su aspecto y actitud al llegar ante Cristo? (vs.3,4); ¿Cómo actuaría al escuchar la contestación de Cristo a los fariseos? (v.7) ¿Cuál sería su actitud al escuchar el juicio de Cristo sobre ella? (v.11). También sería muy interesante meditar en lo que se nos dice sobre Cristo: ¿Qué estaría escribiendo en el suelo? (v. 6); Nótese que estaba sentado, según el versículo 2. ¿Estaría escribiendo con una vara? ¿Con un dedo? ¿La sandalia? ¿El dedo del pie? ¿Por qué razón no contestaría la primera vez que le hablaron sobre la mujer? (v. 7); ¿Qué actitud tuvo hacia la mujer? (vs. 10, 11).

Si el pasaje es doctrinal, se debe meditar en las implicaciones que tiene para nuestra vida diaria. Tomemos por ejemplo I Pedro 2:11-14. ¿Por qué el apóstol nos llama extranjeros y peregrinos? ¿Actúo yo como un peregrino? ¿Cuáles son los deseos carnales que batallan contra mi alma? (v.11); ¿Qué puedo hacer para abstenerme de ellos? ¿Por qué razón no me abstengo de los que tengo? ¿De qué manera he descubierto algún deseo carnal que batalla contra mi alma? ¿Qué tendrá en mente el apóstol al hablar de “manteniendo buena vuestra manera de vivir”? (v.12). ¿Quiénes son los gentiles, si nosotros no somos judíos? etc.

No debemos olvidar que la meditación exige una paciencia a toda prueba. Aquel que tenga prisa por leer, no encontrará tiempo para meditar. Moody acostumbraba decir: “Lea la Biblia como si estuviera buscando algún tesoro de gran valor. Es mucho mejor tomar un solo capítulo y emplear un mes entero para su estudio, que leer toda la Biblia descuidadamente en un mes”⁸. No debemos tener la actitud de aquel cristiano que oraba pidiendo: “Señor, dame paciencia, ¡pero dámela **ya!**”

7. Anotaciones

Pocas personas se encuentran dotadas de una capacidad de retención tan extraordinaria que puedan retener todo lo que leen. Por eso, es conveniente siempre acompañar el estudio con un papel y un lápiz. Tanto en los márgenes de la misma Biblia, como en un cuaderno por separado, debemos anotar los descubrimientos sobresalientes. Parecería como si este ejercicio fuera realmente inútil y más una distracción y pérdida de tiempo que un hábito beneficioso; sin embargo, notables maestros de la Biblia lo recomiendan altamente e insisten en que por sencillo que sea el pensamiento obtenido del estudio, se anote inmediatamente⁹.

⁷ Cuando aparezca este tipo de ejemplos, el lector debe suspender la lectura de este libro, abrir la Biblia y seguir en ella paso a paso las explicaciones del autor. Por la naturaleza de la presente obra, es de desear que el lector lea siempre teniendo la Biblia a la mano y consultándola constantemente. Sígase el ejemplo de Hechos 17:11.

⁸ Op. Cit., pág. 34.

⁹ Una fase importante del hábito de las anotaciones es la de marcar la Biblia. Como estamos dando por hecho que el lector concluirá la lectura de la presente obra, nos eximimos de tratar aquí este provechoso tema con toda la

He aquí algunas sugerencias de lo que podemos anotar en un papel aparte:

- a. ¿Cuál es el versículo central del pasaje estudiado?
- b. ¿Qué otros pasajes hablan de lo mismo y qué dicen?
- c. ¿Qué declaraciones son difíciles de entender o qué problemas surgen en el pasaje?
- d. ¿Qué enseñanzas específicas obtengo para mi vida personal?

8. Repaso

Esta es una de las leyes fundamentales del aprendizaje de cualquier materia y mucho más del estudio bíblico. No es suficiente tan solo estudiar; es necesario repasar lo estudiado una y otra vez. Se nos grabarán mejor las enseñanzas de la Biblia cuando regresemos a ellas periódicamente. Si practicamos la recomendación dada anteriormente, de mantener siempre un cuaderno con nosotros y anotar allí los descubrimientos que vayamos haciendo en nuestro estudio, será mucho más fácil hacer un repaso general de lo que hayamos descubierto o lo que el Señor nos haya mostrado en el transcurso de nuestra meditación.

Si el estudiante sigue la práctica de estudiar diariamente la Escritura, como debe ser, puede dedicar su tiempo al estudio el domingo para hacer un repaso general de todo lo estudiado durante la semana y dar gracias a Dios por los tesoros encontrados en su Palabra. Ese repaso general servirá para ayudarnos a retener lo aprendido en nuestro estudio la siguiente semana y naturalmente facilitará el dominio general que tengamos de la Escritura.

EXPLORACIÓN:

1. En una hoja anote por orden de importancia las razones que posee para estudiar la Biblia. Consérvelas como los propósitos para su estudio.
2. Haga un esquema del contenido de la Biblia. Coloque sus dos grandes divisiones y las secciones de que se compone cada una. Agregue los libros que componen cada sección.
3. Formule una lista con las diversas maneras como es posible manifestar reverencia y amor hacia las Escrituras.
4. Lea varias veces I Samuel 30. Ponga en práctica lo que se dice en las secciones sobre la “Concentración” y “Observación”, y anote todas sus observaciones.
5. Estudie Ezequiel 8. Practique lo que se dice en la sección sobre “Meditación”, y anote sus observaciones.

APLICACIÓN:

1. ¿Qué decisiones serán necesarias que usted tome para que su estudio bíblico sea regular?
2. ¿Cuáles son algunas áreas de su vida en las cuales aún no obedece la Palabra de Dios?
3. Formule un plan de estudio bíblico personal y propóngase ante Dios llevarlo a cabo, cueste lo que cueste.

EXAMEN:

1. ¿Con qué propósito se escribió la Biblia?
2. ¿De qué manera se complementan los distintos libros de las escrituras?
3. ¿Qué queremos decir con “Perspicacia” en el estudio de la Biblia?
4. ¿Cuál es, según el evangelista Moody, la mejor ley para el estudio bíblico?
5. ¿Cuál es la importancia de un lugar apropiado para estudiar?

